

tesis, de responder en presente -éticamente, políticamente- al fuego de una historia semejante?” (p. 41).

Emanuel Ringelblum y el equipo de Oyneg Shabes, tuvieron la proeza de registrar el destino del gueto de Varsovia desde su interior, convirtiéndose en potentes “archivistas del desastre” resaltando la importancia del archivo y el valor del registro de fuentes testimoniales para la construcción de la memoria histórica. Ringelblum en su tarea de historiador marxista, tenía una lectura crítica de la estructura social dentro del gueto, este denunció en varios de los pasajes de su diario “la obscenidad y la indecencia de los ricos” (p. 115), haciendo una clara crítica sobre las desigualdades en el marco del encierro. Puesto que coexistía la miseria más grande y una desmedida arrogancia burguesa que se beneficiaba ilusoriamente de sus privilegios, aunque finalmente todos tendrían el mismo destino. Es así como, el archivo Ringelblum registra diversas dificultades y peligros del pueblo judío en el gueto “y al mismo tiempo dispersa a los pueblos judíos [...] al documentar con precisión, sin temor a complicarlo todo, sus desacuerdos” (p. 120) creando no sólo *papeles huella*, sino al mismo tiempo “papeles-conflictos” y “papeles desafíos”. Aquí radica la trascendencia de esta impresionante empresa histórica, que fue como lo mencionó Ruta Sakowska, una “victoria intelectual póstuma” ante la barbarie Nazi.

En los capítulos finales, el autor resalta el papel de Ringelblum como “escriba”, no de la Torá, como se pensaría desde la tradición judía, sino desde su compromiso por trazar y tejer los íntimos lazos entre la historia y la memoria. Resaltando la importancia del archivo, el valor del registro de fuentes testimoniales y lo vanguardista que fue el método historiográfico de recolección documental que instauró las bases para que — en el periodo de posguerra— se fueran articulando los primeros acercamientos a lo que se denominaría *Historia de la vida cotidiana*. Incluso podríamos pensar que la agudeza de conformación del archivo Ringelblum fue un hito para el establecimiento de las pautas en el uso de las fuentes en la *Historia Actual*.

Finalmente, en *Dispersas. Viaje hacia los papeles del gueto de Varsovia*, podemos conocer el valor de la recolección de los *papeles dispersos* del gueto, sin suturas, “dejando visibles los fragmentos” recolectados, para ser leídos no para su propia salvación, sino para salvar a las generaciones

futuras del peligro del olvido. Teniendo presente que registrar y recordar es un artefacto para sostener el futuro y que quizás el propósito de *Oyneg Shabes* al

“[...] intentar capturar al vuelo tantas migajas como fuera posible, tantos restos todavía visibles, tantos pedacitos nacidos de la destrucción, y reunirlos luego, esconderlos, hacer con ellos un archivo” (p. 140).

Resultó en una potencia de verdad que llevó a la construcción de la memoria de lo que hoy conocemos —por más *impensable* que resulte— como el horror de la Sohá.

**Hernández Burgos, Claudio (ed.), *Voces de un pasado gris. Las fuentes orales y la didáctica del franquismo*, Granada, Editorial Comares, 2021, 113 pp.**

Por Gregorio Santiago Díaz  
(Universidad de Granada)

Desde la Universidad de Granada, Claudio Hernández Burgos compila *Voces de un pasado gris*, un volumen que no solo nos acerca a la historia cotidiana del franquismo desde la perspectiva de la tradición oral, sino que pone el foco en cómo hacer y enseñar la historia de este periodo a través de este tipo de fuentes. La obra se engloba en un proyecto didáctico mucho más amplio —“Cápsulas de Memoria”— que se ha llevado a cabo a partir de la recopilación de entrevistas por parte del alumnado del Grado de Historia. Por tanto, es un libro que aúna el ámbito académico con la didáctica y los conecta a la misma vez con la vida social y cotidiana que reflejan los hombres y las mujeres en sus testimonios. Quizá esta triple relación sea lo más novedoso que la obra aporta, pues pone en valor la trayectoria de vida de nuestros mayores, cuyas experiencias subjetivas resultan imprescindibles para conocer nuestro pasado reciente, la labor del estudiante, necesitado de herramientas metodológicas, y el ejercicio de la actividad docente e investigadora del profesorado universitario. Desde esta base, expertos investigadores se enfrentan al análisis, con base en la transmisión oral, a cuatro cuestiones transversales en el estudio del régimen franquista desde sus inicios hasta su ocaso: las condiciones materiales de vida durante la posguerra, la educación, el papel de la mujer y las experiencias democráticas cotidianas en el tardofranquismo y la Transición.

En la Introducción, el editor destaca la importancia de las fuentes orales como metodología para la investigación histórica, así como la problemática en torno a estas desde el surgimiento de la ciencia de la Historia en el siglo XIX. El desarrollo de la historia social, en la segunda mitad del siglo XX, puso atención sobre la población anónima y eso permitió el uso de la oralidad como fuente histórica —entendiendo que son testimonios autorrepresentativos que no reflejan toda la realidad—, que ha tenido un gran avance desde la década de los años ochenta del siglo pasado.

Miguel Ángel del Arco Blanco, autor destacado en la investigación del franquismo y los “años del hambre”, se ocupa en el capítulo 1 del estudio de las condiciones materiales de vida de la población durante la posguerra (1939-1951) y su evolución durante la década de los años cincuenta y sesenta. Del Arco Blanco demuestra cómo el hambre, las cartillas de racionamiento, el mercado negro, las enfermedades infecciosas o los hurtos famélicos se han quedado grabados en la memoria de una generación que padeció enormes privaciones durante la década de los cuarenta. Las personas entrevistadas cuentan cómo eran las colas para adquirir un racionamiento escaso e irregular, la existencia de productos de lujo como las medias de nailon en el mercado negro, las pésimas condiciones de las viviendas que no eran más que chozas o las estrategias alternativas para llevarse algo a la boca, los escasos salarios percibidos en el campo o las estrategias alternativas para llevarse algo a la boca que saciara su apetito, como lo era la de buscar plantas —cardillos, entre otras— que limpiar, cocer y comer. En los años cincuenta y sesenta, aunque la situación socioeconómica mejoró en España, la miseria y la pobreza no desaparecieron, sobre todo en el ámbito rural y ello impulsó las migraciones interiores y exteriores. El autor constata que la población ya en esta época no pasaba hambre, “pero sí falta”, donde algunos artículos de consumo como los dulces o el vestido todavía eran difíciles de conseguir para los sectores sociales más humildes. Ello implicaba que otros grupos sí tuvieron acceso a estos productos, por lo que el autor relaciona el hambre y la miseria con el pasado político de quienes sufrieron más privaciones.

En el capítulo 2, Alba Martínez Martínez y Gloria Román Ruiz se encargan de acercarse a la memoria oral de la educación en el primer franquismo, condicionada por la miseria y pobreza de los “años del hambre”. El proceso de enseñan-

za-aprendizaje se vio mermado tanto por la precariedad en la que vivían los maestros rurales, que a menudo tenían que sobrevivir de la caridad vecinal haciendo realidad el dicho de “ganar menos que un maestro de escuela”, como por las deficiencias de los edificios escolares, la falta de material —a modo de libreta llegaron a utilizarse las cartillas de racionamiento— o el absentismo. Quienes acudían a las escuelas eran los hijos e hijas de las familias con más recursos, mientras que la prole de los más pobres tenía que trabajar para ayudar en la tarea común del hogar para sobrevivir. A pesar de las dificultades, la educación franquista colocó la figura del profesor muy por encima de la del alumno, que lo veía “como un Dios” al que respetar y temer, por la disciplina, autoridad y amenazas de castigo que imponían. Tanto así, que los recuerdos más nítidos de los entrevistados son los que tienen que ver con la violencia física: “la letra con sangre entra”. Al mismo tiempo, la escuela franquista tuvo un componente de segregación por sexos del que las mujeres fueron conscientes, mientras que sobre ellos primaba lo político, sobre ellas lo hacía lo religioso. En definitiva, estas relaciones de poder en el seno de la educación franquista, concluyen las autoras, dieron lugar a “jóvenes dóciles y pasivos que preferían pasar desapercibidos en clase”.

Teresa María Ortega López dedica el capítulo 3 al estudio del género y la historia oral aplicado al análisis del franquismo. Tras unas aproximaciones teóricas sobre el género, un instrumento vital para entender las transformaciones sociales y el rol que han ocupado las mujeres a lo largo de la historia, pone su punto de mira en la evolución política, social, económica y familiar de la mujer durante la historia reciente de España. Con la configuración del Nuevo Estado, el régimen franquista aisló a la mujer en el ámbito doméstico, relegada al papel de esposa y madre, como una forma de “proteger” la familia católica tradicional. Partiendo de esta base, la autora analiza, en primer lugar, la educación desigual y diferenciada por sexos que impartió el régimen franquista. Así, se potenció la feminización de la escuela, destinada a educar en una forma de ser mujer identificada con el hogar con asignaturas como “Labores del Hogar” consagradas a la enseñanza de costura o el punto de cruz. En segundo lugar y en relación con la educación, la sexualidad fue un tema tabú para la sociedad de la dictadura, ya que “no podías hablar mucho porque era pecado”. Los chicos tenían que relacionarse con las

chicas llamando su atención de maneras estrambóticas, como “carreras de motos”: “hacíamos burradas porque nos creíamos que haciendo cosas...nos miraban con más ahínco”. La sexualidad se reservaba exclusivamente a la condición de la reproducción, restringiendo el comportamiento de la mujer, que debía ser un sujeto pasivo, como una pertenencia “única” del hombre. Y, en tercer lugar, se pone el foco en los cambios sociales como consecuencia de la modernización económica durante los años sesenta, que implicó la incorporación de la mujer al mercado de trabajo y a la Universidad. Ello les permitió formarse y conformarse como sujetos políticos, en contacto con la llamada Segunda Ola del feminismo internacional. Las entrevistadas asumen la militancia al llegar a la Universidad y afianzan su antifranquismo en ella, lo que otorgó una notable relevancia al movimiento feminista ya durante la Transición y la Democracia, en pos de la consecución de derechos y libertades individuales para las mujeres.

Por último, en el capítulo 4, Gloria Román Ruiz se aproxima a las experiencias democráticas cotidianas durante el tardofranquismo y la Transición. La autora incide en que las fuentes orales permiten subrayar la especial importancia de la sociedad civil en la construcción de la democracia entre los años sesenta y setenta en España. De este modo, se produjo una progresiva politización de los individuos que les permitió obtener una conciencia social a partir de la cual celebraron, por ejemplo, la muerte de Franco. Precisamente la muerte del dictador trajo consigo una desnormalización de las actitudes forzadas de adhesión al régimen: “yo vivía en otro mundo, ni sabía qué estaba pasando con Franco, no sabía si había una dictadura, no sabía nada de nada”. El fin de la dictadura llevó aparejado un estallido de la conciencia sociopolítica en los españoles, que venía construyéndose el tardofranquismo con las escuchas a escondidas de La Pirenaica, las concentraciones de los primeros de mayo o en la Universidad. Justamente los estudiantes universitarios procedentes de las zonas rurales fueron actores principales en la democratización de este mundo, donde organizaban “asambleas a escondidas en el monte”. También tuvieron su trascendencia en el ámbito rural los “párrocos contestatarios” organizados en torno asociaciones cristianas como la HOAC o la JOC, así como distintas asociaciones vecinales.

En definitiva, *Voces de un pasado gris* es un libro que destaca la importancia de la fuente oral

como una metodología de gran alcance para la investigación histórica, con un potencial extraordinario para el estudio de las experiencias subjetivas de los individuos durante el franquismo y la Transición. Se trata de construir la memoria reciente de la sociedad española desde los relatos autorrepresentativos, que proporcionan nuevas claves históricas o permiten profundizar en otras, al mismo tiempo que convergen en la construcción de esta historia las investigadoras, el alumnado ávido de metodología científica y los sujetos anónimos y protagonistas del pasado reciente.

**Moreno Tello, Santiago, *Las coplas del Carnaval de Cádiz durante la Segunda República (1932-1936)*, Cádiz, Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2020, 450 pp.**

Por Alejandro Pérez-Olivares  
(Universidad de La Laguna)

“Ridiculizamos/ a todo aquel capitalista/ que huir quería, con sus billetes./ Es sólo el plan de estos murguistas./ Pues si la Patria, madre es,/ todos sus cambios hay que aceptar...”. Así saludaba la agrupación “Los capitalistas fugitivos” el cambio político en el carnaval de 1932, cuando estaba a punto de conmemorarse el primer aniversario de la II República. Junto a la música de José Mezquida, y bajo la dirección artística de Luis Marcelo Arispón, la letra de Joaquín Aguilar Serra pasaba de lo local (“cuando tuvimos la huelga/ de los abaratamientos,/ por el barrio de Santa María” o “Qué grifos nos pusieron/ en el Parque Genovés”) a lo nacional (“Esta bandera de tres colores/ trae consigo felicidad./ Trae democracia...”). Y entre pasodobles, bulerías y cuplés desfilaban personajes y lugares reconocibles para la audiencia del momento, como Don Cleto, *El Loco* o la “Casa Empeño”, abarrotada de gente siempre a las dos de la tarde, al parecer. Éste es tan sólo un ejemplo de las posibilidades para el análisis histórico que ofrece el libro de Santiago Moreno Tello, *Las coplas del Carnaval de Cádiz durante la Segunda República (1932-1936)*.

El autor, doctor en historia contemporánea por la Universidad de Cádiz, ha recopilado 94 coplas de carnaval presentadas por 108 agrupaciones oficiales durante los años que se celebró esta fiesta bajo la II República. Pero este trabajo es mucho más que un simple compendio de fuentes que pueden seguir renovando el estudio de un periodo intensivamente tratado por la historiografía. Este libro, publicado justo antes del